

SANTA MARÍA MADRE DE DIOS

María se nos presenta como Madre de Dios, porque es madre de Jesús, que es Dios, y Jesús viene a redimirnos. Al contemplar la maternidad de María no podemos dejar de ver que Ella está asociada de forma eminente al misterio de la Redención. El que ha nacido de sus entrañas viene a salvar a los hombres. Como la Madre vive para el Hijo, con todo lo que conlleva de sufrimiento humano, se une a Él en el cumplimiento de la voluntad del Padre.

En el Evangelio, a su vez, encontramos un hermoso motivo de reflexión espiritual. Los pastores corren al portal avisados por el anuncio de los ángeles. Allí encuentran a María, a José y al Niño y, se nos dice: «María conservaba todas esas cosas, meditándolas en su corazón». María es la memoria de la Iglesia, pero es también, en cuanto madre de los creyentes, la que guarda el recuerdo de la vida espiritual de cada uno de nosotros. Los pastores cuentan lo que han oído; otros personajes, que actúan como espectadores, se admiran. Sólo María recuerda. María tiene una perspectiva y una visión de Jesucristo realmente especial, que los apóstoles tenían en cuenta. De la misma manera que los primeros cristianos preguntaban a los apóstoles cosas sobre hechos y palabras de Jesús, seguro que también preguntarían a María, que siempre tendría algo sencillo pero profundo que decir.

María es la memoria maternal y creyente de Jesús. María recuerda, recuerda con la mente pero también con el corazón. Ese papel lo hace en cada alma cristiana la Madre de Dios. Ella recuerda incluso lo que nosotros somos capaces de olvidar. Ella también es madre nuestra, y nos ama con amor sobrenatural. ¿Qué podían significar aquellas palabras sino que en el corazón de María se guardan también nuestros propósitos, nuestros afectos, nuestras luchas espirituales y nuestra oración? En el corazón de la Madre está grabada no sólo la fisonomía de Jesús, sino también la de nuestro itinerario espiritual.

La primera lectura narra la bendición de Aarón. Es la del Antiguo Testamento. La bendición del Nuevo es el mismo Jesucristo, en quien «Dios nos ha bendecido con toda clase de bienes», como dice San Pablo.

La plenitud de dicha bendición es que somos hijos de Dios. Esa gracia nos ha llegado, en el designio de Dios, a través de María. Por ello la devoción mariana no es accidental en la vida de un cristiano. No se trata de una práctica más de piedad que podemos añadir o quitar a nuestro gusto, sino que aparece como un pilar fundamental sobre el que construir una sólida vida espiritual.

Que la Madre de Jesús y Madre nuestra, nos enseñe a vivir conforme a nuestra dignidad de hijos de Dios, de hijos de María.